



2

## IDEA

GONZALO SANTAYA

¿Qué es una Idea, en sentido deleuziano? La pregunta carece de una respuesta simple, directa, y esto por dos motivos. Ante todo porque la Idea, propiamente hablando, *no es*: ella no pertenece al régimen de lo efectivamente existente, de lo existente en acto, de lo *actual*. Esto no significa, sin embargo, una cierta privación de existencia, o una oposición con ella, como cuando decimos que el minotauro o el círculo cuadrado no existen. El no-ser de la Idea es más bien, dice Deleuze, un (no)-ser, un ?-ser, un *extra-ser*,<sup>1</sup> que no existe pero *insiste* sobre el ser. En este sentido, la Idea es siempre el índice de una paradoja, un desacople, una cesura, una fisura, un punto ciego en la plenitud de “lo que es”. *Algo* que atraviesa y trastoca el orden del espacio y el tiempo, nos metamorfosea hasta la médula, y sólo queda preguntar “¿qué fue lo que pasó?”.

El segundo motivo por el cual la pregunta por el ser de la Idea carece de respuesta directa es que, según Deleuze, ninguna pregunta del tipo “¿qué es?” tiene interés filosófico. Y esto porque no hay una esencia última *detrás de* las cosas, esperando ser develada para conocerlas en su verdad (en este sentido, la Idea no tiene nada que ver con la esencia). Si –como Deleuze afirma– la verdad depende de la *producción* de sentido, y no de la adecuación del pensamiento a una cosa externa ni de la coherencia interna de un sistema de proposiciones, la Idea es la instancia que agencia y que permite pensar esa producción, sobre un fondo de inadecuación y de incoherencia extremas, donde lo interior no se distingue de lo exterior, ni las palabras de las cosas. (Pero, ¿qué es eso...?). La inutilidad de la pregunta “¿qué es?”

<sup>1</sup> Para estas caracterizaciones de la Idea, cf. por ejemplo DR 112 (89), 238 (202), 305 (261).

queda establecida al inicio de la conferencia “El método de dramatización”, que recoge y resume los puntos principales de la ontología de *Diferencia y repetición*, y en la cual Deleuze afirma que la filosofía debe trabajar como si “la Idea no fuera positivamente determinable más que en función de una tipología, una topología, una posología, una casuística trascendentales”.<sup>2</sup>

Quisiera hacer de esa tipología y topología trascendentales nuestra *entrada* al concepto de Idea en *Diferencia y repetición*. Esta elección no es (completamente) caprichosa:<sup>3</sup> la cuestión de la tipología y la topología es la vía que, según Deleuze, el mismísimo Nietzsche sigue para desarrollar la *tarea realmente crítica*, que Kant no habría llegado sino a plantear.

El concepto de verdad no se determina sino en función de una tipología pluralista. Y la tipología comienza por una topología. Se trata de saber a qué *región* pertenecen tales errores y tales verdades, cuál es su *tipo*, *quién* las formula y concibe. Someter lo verdadero a la prueba de lo bajo, pero también someter lo falso a la prueba de lo alto: esa es la tarea realmente crítica.<sup>4</sup>

<sup>2</sup> Deleuze, G., “La méthode de dramatisation” en *L'île déserte et autres textes. Textes et entretiens 1953-1974*, París, Minuit, 2002, p. 133, traducción propia. La traducción española, a cargo de J. L. Pardo, omite el término “topología”, de fundamental importancia para nuestra interpretación (*La isla desierta y otros textos. Textos y entrevistas 1953-1974*, Valencia, Pre-textos, 2005, p. 129).

<sup>3</sup> Pero sí lo es relativamente, pues la Idea se dice de muchas maneras, en tanto es abordada desde distintas perspectivas –algunas de las cuales son objeto de otros capítulos de este libro. Desde un punto de vista gnoseológico, la Idea remite al elemento trascendental del ejercicio de las facultades. Daniela Voss sigue esta línea de entrada a la teoría deleuziana de la Idea: cf. Voss, D., *Conditions of Thought. Deleuze and Transcendental Ideas*, Edimburgo, Edimburgh University Press, 2013, p. 1. Cf. asimismo el capítulo “Pensamiento”, de Facundo López, en este mismo libro. Desde un punto de vista epistemológico, la Idea remite a la categoría de *problema* –de gran importancia en la tradición epistemológica francesa (cf. Sauvagnargues, A., *Deleuze. L'empirisme transcendantal*, París, PUF, 2009, p. 333)–, y motiva la constitución de *soluciones* (las cuales se articulan en campos discursivos o dominios de racionalidad de la más diversa índole). Al respecto, cf. el capítulo “Problema”, de Georgina Bertazzo, en este mismo libro. Todavía desde el punto de vista epistemológico, la Idea es también determinada como *estructura*, y en tanto tal, es el lugar de la génesis del *sentido* (cf. el capítulo “Estructura”, de Santiago Lo Vuolo, en este mismo libro). Luego, desde un punto de vista ontológico, la Idea se caracteriza como *razón suficiente*, como *universal concreto*, o como *esencia* (en un movimiento por el cual esta deja de oponerse al “accidente”). Estos “nombres” de la Idea, por un lado, territorializan el discurso deleuziano en la filosofía clásica (lo cual refuerza su emplazamiento en la tradición filosófica: la apropiación del término “Idea” es un gesto que nos lleva de Platón a Hegel, pasando por una extensa y compleja historia de la metafísica); pero, por otro lado, desterritorializa a la filosofía de esa tradición, en tanto el *sentido* de dichos términos se ve fuertemente trastocado. Desde un punto de vista más amplio, relativo al conjunto de la obra deleuziana, la Idea es la instancia de *emisión de singularidades pre-individuales*, o *acontecimientos virtuales*.

<sup>4</sup> Deleuze, G., *Nietzsche et la philosophie*, París, PUF, 1962, p. 120, traducción propia (trad. española de C. Artal: *Nietzsche y la filosofía*, Barcelona, Anagrama, 1980, p. 149).

Antes que lo verdadero y lo falso, antes que el error o el acierto, está la Idea como instancia de una *génesis* trascendental. Si ella está más allá del ser, no es por eso ajena al ser; al contrario, la Idea sólo aparece *en* el ser, *expresada* por individuos que le dan carnadura, que la efectúan en el espacio y el tiempo, y conceptos que permiten (re)conocerlos. Precisando un poco la terminología, una Idea sólo es “positivamente determinable” en función de dinamos espacio-temporales y de bloqueos conceptuales que ella determina, y a través de los cuales se *actualiza*. La Idea es la fuente de las determinaciones de esos dinamos y de esos conceptos a través de los cuales sentimos y pensamos la realidad, pero ella misma no es determinable sino en función de ellos (pues estrictamente, fuera de ellos, *no es*). Esta determinación de la naturaleza de la Idea corresponde a la tarea crítica emprendida por Deleuze, en continuidad con el espíritu kantiano.<sup>5</sup> La tipología remite a una suerte de analítica trascendental: ella explica cómo las determinaciones de la Idea se corresponden con una especificación de los conceptos de la representación. La topología de la Idea remite por su parte a una suerte de estética trascendental: ella indaga cómo las determinaciones ideales no pueden especificar conceptos sino remitiéndolos a ciertos movimientos espacio-temporales. Ambos aspectos nos conducirán a una dialéctica trascendental, la teoría deleuziana de la Idea propiamente dicha. Veamos.

### Tipología y topología trascendentales

Una tipología es una división en tipos. La representación, en su afán clasificatorio, busca dar un concepto para cada cosa, en una red estática, ordenada, jerarquizada y completa.<sup>6</sup> Los conceptos de la representación son máquinas de

<sup>5</sup> La enorme afinidad de la empresa deleuziana con la kantiana y poskantiana ha sido señalada por Daniel Smith: “Desde el punto de vista de la teoría de las Ideas, *Diferencia y repetición* puede ser leída como la *Crítica de la razón pura* de Deleuze, así como *El Anti-Edipo* se puede leer como su *Crítica de la razón práctica* (teoría del deseo)”. Smith, D., *Essays on Deleuze*, Edimburgo, Edimburgh University Press, 2012, p. 107, traducción propia. Cf. también Pachilla, P., *La teoría de la sensibilidad en la estética de Gilles Deleuze y su articulación con la filosofía trascendental*, Tesis de Doctorado por la Universidad de Buenos Aires y la Université de Vincennes/Saint Dennis (París 8), defendida el 27 de febrero de 2018, FFyL, UBA.

<sup>6</sup> Cf. el capítulo “Representación”, de Matías Soich, en este mismo libro.

asignación de identidad que pueblan nuestra experiencia cotidiana. Una tipología consiste precisamente en una *división* de esos conceptos bajo distintos grados de generalidad (dada su proximidad o lejanía respecto al individuo determinado por ellos); se trata de una partición y especificación que permite cubrir cada vez una mayor cantidad de rasgos o notas comunes compartidas por diversos individuos (“animal” se divide en “vertebrado” e “invertebrado”, o bien en “mamífero” y “ovíparo”, o bien en “racional” e “irracional”... “perro” se divide en “caniche”, “ovejero”, “labrador”, “chihuahua”... “número” se divide en “natural”, “entero”, “fraccionario”, “irracional”, “complejo”...). Para que la clasificación sea posible, alguien –o algo– debe bloquear la comprensión de un concepto, determinar *hasta donde va* (“este concepto abarca hasta acá, a partir de acá, este otro”; “este concepto tolera hasta *esta* diferencia, más allá de ella, irá este otro”).

La operatoria de este bloqueo se vuelve manifiesta ante todo en la repetición: cuando aparecen distintas cosas que caen bajo el mismo concepto (mano izquierda y mano derecha, primera gota de agua, segunda gota de agua...), el concepto no alcanza por sí mismo para mostrar en qué difieren esos *casos* distintos; hay entonces algo de la cosa que no está contenido en el concepto, y este “no estar contenido” remite a una potencia extra o supra-conceptual que introduce diferencias en la experiencia por fuera del concepto. Kant recurría al espacio y al tiempo –como formas puras, ontológicamente previas a la materia de la sensación– para dar cuenta de estas diferencias no conceptuales; pero al hacer esto, se apoyaba en una concepción pobre del espacio como forma vacía de exterioridad, medio homogéneo indiferente esperando ser “llenado” por fenómenos cuya génesis queda en el misterio. Por lo tanto, el espacio kantiano no da cuenta de las individuaciones que ocurren en él –en este sentido, la Idea deleuziana constituirá una instancia pre-individual sobre la cual se monta un principio de individuación eminentemente diferencial.

La vía deleuziana lleva a complejizar el concepto de repetición para explicar ese fenómeno de bloqueo conceptual, poniéndolo como el resultado de un movimiento ontológico sub-representativo. Desde la perspectiva del concepto idéntico, la repetición es pensada como una diferencia no conceptual; pero esta repetición por la negativa encuentra su razón en una *diferencia* positiva,

dinámica y extra-conceptual, que se desplaza en la repetición. ¿Qué es lo que se repite *en* lo que se repite? Una diferencia, una *singularidad*. Y esta singularidad, veremos, remite a la Idea como principio estructurante de la experiencia real: es ella quien posibilita el bloqueo de los conceptos. ¿Cómo? Si, por un lado, la repetición de lo mismo implicaba un concepto idéntico y un espacio homogéneo, por otro lado, “en el orden dinámico ya no hay ni concepto representativo ni figura representada en un espacio preexistente. Hay una Idea, y un puro dinamismo creador del espacio correspondiente”.<sup>7</sup> Esta es la primera aparición técnica del concepto deleuziano de “Idea” en *Diferencia y repetición*: indicando que la creación dinámica de un espacio (y un tiempo) correspondiente a una Idea está a la base de la génesis de los conceptos representativos, y no a la inversa. La repetición no es diferencia exterior dada entre objetos inmersos en un espacio-tiempo homogéneo, como la de la mano izquierda y derecha, o la de las gotas de agua, sino que en ella “la diferencia es interior a una Idea; ella se despliega como puro movimiento creador de un espacio y de un tiempo dinámicos que corresponden a la Idea”.<sup>8</sup> Es decir que, si hay tipologías conceptuales, es porque hay, más profundamente, movimientos espacio-temporales originales, correspondientes a Ideas, que los conceptos –a través de sus divisiones– pretenden detener y “re-presentar”.

La tipología de los conceptos nos remite entonces a una topología de dinamos espacio-temporales, movimientos aberrantes que se agitan bajo los conceptos de la representación. “Un concepto es completamente incapaz de especificarse o dividirse por sí mismo; lo que actúa bajo él, como un arte oculto, como un agente de diferenciación, son los dinamos espacio-temporales”.<sup>9</sup> Por todas partes hay plegamientos, estiramientos, invaginaciones, desplazamientos constitutivos de la experiencia, y de los cuales los conceptos apresan *ciertas variaciones* muy limitadas, las enfocan desde afuera, les imponen una métrica constante, les asignan una fijeza y una identidad que los sustraen de la riqueza de sus movimientos complejos. Aproximarnos a estos movimientos es el objeto del proyecto deleuziano de un “empirismo superior” o “trascenden-

<sup>7</sup> DR 49 (32). En todos los casos, la traducción de las citas de esta obra es propia a partir del original.

<sup>8</sup> DR 53 (36).

<sup>9</sup> DR 328 (281).



tal”, basado en un espacio-tiempo *intensivo*,<sup>10</sup> dinámico, que marca el ritmo y la cualificación de la división tipológica de los conceptos. Los conceptos se dividen en sub-conceptos en la red de la representación, “pero esas divisiones no tienen el mismo criterio que lo dividido, no son homogéneas con lo dividido, y se establecen en un dominio exterior al concepto, pero interior a las Ideas que presiden la división misma”.<sup>11</sup> Esa materia intensiva dinámica es el medio de los movimientos topológicos que preceden a las tipologías, en tanto contiene un principio interno de diferenciación que impide que su división dé por resultado partes homogéneas, como sucede en el espacio y el tiempo concebidos como formas extensivas. Ese principio interno de diferenciación es, precisamente, la Idea como fuente emisora de singularidades pre-individuales.

Los dinamismos *crean* espacios en correspondencia con la Idea; la Idea determina las producciones y transformaciones de los dinamismos. Idea y dinamismo se complementan en un mismo proceso interno y genético. Esto le permite a Deleuze ir tan lejos como hasta atenuar la oposición entre Kant y Leibniz en relación a sus teorías del espacio:

Un espacio dinámico debe ser definido desde el punto de vista de un observador ligado a ese espacio, y no desde una posición exterior. Hay diferencias internas que dramatizan una Idea antes de representar un objeto. La diferencia, aquí, es interior a una Idea, aunque sea exterior al concepto como representación de objeto.<sup>12</sup>

No hay originalmente un espacio y tiempo como medios vacíos, homogéneos e indiferenciados que los fenómenos “llenen”, o donde ellos se sitúan extrínsecamente, ni hay tampoco conceptos preexistentes que subsuman las diferencias de un individuo; hay dinamismos espacio-temporales diversos, definidos desde una posición interna, y que dan cuenta de movimientos tanto morfogenéticos como disolutivos de individuaciones en permanente devenir. Diversos espacios que se pliegan y conectan de múltiples modos, tiempos diversos que definen múltiples ritmos y duraciones en interacción recíproca. Es-

<sup>10</sup> Al respecto, cf: el capítulo “Intensidad”, de Rafael Mc Namara, en este mismo libro.

<sup>11</sup> DR 328 (282).

<sup>12</sup> DR 57 (39-40).

tos plegamientos y pulsos se agitan bajo las formas estables de los conceptos representativos, y dan cuenta de una continuidad compleja en variación bajo las divisiones y fijaciones de aquellos. Todo lo actual está en el espacio y el tiempo en tanto medios extensivos, pero bajo –o junto a, o en torno a– ellos hay múltiples espacio-tiempos intensivos coexistentes, todos en devenir, a niveles y bajo ritmos heterogéneos, en interacción y modificación recíproca. Sin estar en el espacio-tiempo, la Idea subyace y determina esos movimientos que la expresan.

### Dialéctica trascendental: estructura de la Idea

“Distinguimos la Idea, el concepto y el drama: el rol del drama es especificar el concepto, encarnando las relaciones diferenciales y las singularidades de la Idea”.<sup>13</sup> ¿Qué son esas relaciones, esas singularidades? Ha llegado el momento de decir algo sobre la estructura interna de la Idea. Ella debe permitirnos comprender la génesis de esas variaciones *en* los dinamismos espacio-temporales que se correspondían con las divisiones conceptuales. Si los dinamismos crean espacios correspondientes a Ideas, esto es porque ellas producen determinaciones que los espacios intensivos expresan de cierta manera. Esas determinaciones de la Idea están caracterizadas en términos de relaciones diferenciales y singularidades, nociones que nos remiten al análisis matemático.

Deleuze llama a la Idea *dx*, signo matemático al que asigna el rol de “símbolo de la filosofía de la diferencia”, que se opone al símbolo “no-A”, propio de la dialéctica que procede por contradicción, “como la diferencia en sí misma [se opone] a la negatividad”.<sup>14</sup> Este *símbolo* es elegido por Deleuze porque le permite enlazar tres momentos fundamentales.

El símbolo *dx* aparece *a la vez* como indeterminado, como determinable y como determinación. A estos tres aspectos corresponden tres principios que forman la razón suficiente: a lo indeterminado como tal (*dx, dy*) corresponde un principio de determinabilidad; a lo realmente determinable (*dy/dx*)

<sup>13</sup> DR 328-329 (282).

<sup>14</sup> DR 260 (221).

corresponde un principio de determinación recíproca; a lo efectivamente determinado (valores de  $dy/dx$ ) corresponde un principio de determinación completa.<sup>15</sup>

La dialéctica de la Idea posee entonces tres momentos. Estos tres momentos anudan en un mismo proceso tres valores lógicos (indeterminado, determinable y determinación) con tres principios ontológicos (determinabilidad, determinación recíproca y determinación completa). Estos tres valores y principios se corresponden a su vez con tres “elementos puros”, de la cuantitabilidad, de la cualitabilidad y de la potencialidad. El carácter *puro* de estos elementos nos remite al carácter *trascendental* de la Idea, que exige una abstracción radical de las figuras de lo empírico (*puro*, en el sentido kantiano, implica precisamente la independencia con respecto a la sensación).<sup>16</sup> Valores lógicos, principios ontológicos y elementos trascendentales se entrelazan en la teoría deleuziana de la Idea, vuelven difusas las fronteras entre estos ámbitos del pensamiento filosófico, y señalan una instancia donde los principios de lo pensable, lo existente y lo experimentable se reúnen en un mismo movimiento. Por eso, la analítica (tipología) y la estética (topología) que venimos de ver no remitían a dos fuentes radicalmente separadas de la experiencia, sino que la una se enlazaba necesariamente con la otra.

El primer momento de la Idea parte del elemento diferencial,  $dx$ , lo indeterminado como tal. Pero esta indeterminación tiene un rol preciso: ella no es *carencia* de determinación sin más, sino abstracción de toda generalidad y particularidad, de toda individualidad. En  $dx$ , las diferencias que podemos captar claramente en la experiencia o el pensamiento se funden, como

se funde el régimen de las cantidades finitas asignables a una variable matemática. No se trata entonces de una mera variable –cantidad general– ni de un número determinado –cantidad particular–, sino de una variable definida como variación continua con respecto a un *límite*, o un punto de *corte*. Por eso, no es una cantidad empírica o conceptual, sino un elemento *puro* de cuantitabilidad. Deleuze lo llama “causa ideal de la continuidad”, señalando que la manifestación de la Idea implica una puesta en variación continua (“La Idea de fuego subsume el fuego como una sola masa continua, susceptible de acrecentarse. La Idea de plata subsume la plata como una continuidad líquida de metal fino”).<sup>17</sup> Pero esta continuidad no tiene nada que ver con la continuación homogénea (extensiva) de una variación empírica, sino con un *pasaje al límite*. El límite capta lo *universal* de un determinado régimen de variación individual. Universal, aquí, no implica el ascenso a un plano inteligible, eterno, incorporeal, sino el *pasaje* a un nuevo régimen de variación, vinculado con el precedente. Por eso, este elemento indeterminado es inseparable de un principio de *determinabilidad*. Lo universal,  $dx$ , en tanto causa ideal de la continuidad, es determinable, pero no por sí mismo, sino sólo en relación con otro elemento ideal (otra variación continua). Esto nos lleva al segundo momento.

La relación diferencial designa para Deleuze la forma de lo *determinable*, la forma en la que lo *indeterminado* del primer momento puede devenir determinación concreta. Pero la forma de lo determinable no determina elementos indeterminados *como tales*, no informa una materia informal, ni transforma lo indeterminado en determinado. Los elementos diferenciales no son nada (son no-ser o *extra-ser*) por fuera de la relación diferencial que los enlaza. Esta relación contiene un principio de determinación recíproca porque en ella se enlaza un régimen de variación con otro. “Es en una síntesis recíproca que la Idea pone y desarrolla su función efectivamente sintética. La pregunta es: ¿bajo qué forma la relación diferencial es determinable? Ante todo, lo es bajo forma cualitativa, y a este título expresa una función que difiere en naturaleza de la llamada primitiva”.<sup>18</sup> La relación diferencial es determinable en tanto conecta una función con otra, una cualidad con otra, un régimen de variación

<sup>15</sup> DR 261 (221-222) (las cursivas en “a la vez” son nuestras). Para un comentario pormenorizado de este pasaje, cf. Santaya, G., *El cálculo trascendental. Gilles Deleuze y el cálculo diferencial: ontología e historia*, Buenos Aires, RAGIF Ediciones, 2017.

<sup>16</sup> “Llamamos *puras* (en sentido trascendental) a todas las representaciones en las que no se encuentra nada que pertenezca a la sensación”. Kant, I., *Crítica de la razón pura*, trad. M. Caimi, Buenos Aires, Colihue, 2009, p. 88 (A20/B34). Esto permite a Kant hablar de intuiciones y de conceptos *puros*, que serán las instancias constitutivas del sistema de la experiencia posible. Puesto que las Ideas trascendentales, según Kant, carecen en sí de todo contenido empírico (y sirven antes bien para regular a éste), es una redundancia referirse a ellas como “puras”. En el caso deleuziano, como veremos, esta caracterización de las Ideas es completamente kantiana, en tanto remite a lo que está más allá de la sensación –cuya lógica intrínseca está dada por la intensidad– y sin embargo permite estructurarla.

<sup>17</sup> DR 261 (222).

<sup>18</sup> DR 263 (224).

cuantitativo con otro. En eso reside la *pura* cualitabilidad. La relación enlaza cualidades diversas, funciones derivadas con funciones primitivas –las derivadas expresan la tasa de variación instantánea o puntual de las primitivas. Pero, a su vez, las derivadas son ellas mismas funciones o cualidades con pleno derecho, y remiten por su cuenta a un nuevo régimen de variabilidad o nueva derivada, “testimoniando la potencia de la Idea de dar origen a una Idea de la Idea”.<sup>19</sup> Esto nos lleva al tercer momento.

La potencia de la relación diferencial de engendrar nuevas funciones es testimonio de un elemento puro de la potencialidad, que corresponde a la determinación *completa* de la Idea. Lo que la derivación sucesiva provee es una *serie* de funciones, diferentes regímenes de variación en dependencia recíproca.<sup>20</sup> Estas series son una herramienta matemática privilegiada para la construcción progresiva de las curvas a partir de un punto dado de ellas, y sobre todo, para el estudio del comportamiento de funciones en torno a *puntos singulares*: puntos en los cuales el régimen de variación determinado por la función se ve trastocado de algún modo y exige el pasaje a un nuevo régimen. La relación diferencial es correlativa con singularidades, puntos inexpresables en el dominio de la función, pero que la modulan silenciosamente. La singularidad es el punto de explosión de un acontecimiento matemático, que viene gestándose en la serie que la precede. No conocemos a las singularidades sino únicamente por lo que ocurre en torno a ellas, en el camino que va de una a la otra, en la repetición ordinaria que va de una a otra, hasta ese umbral de potencia que determina un cambio radical en su régimen de variación. Así, esa propiedad que vimos en el primer momento de la Idea, según la cual ella induce una variación continua que enlaza regímenes de variabilidad heterogéneos,

<sup>19</sup> DR 264 (224).

<sup>20</sup> Una diferencia de potencia entre las variables de una función es condición de posibilidad de su derivación (por ejemplo, que  $x$  e  $y$  estén elevadas a distintas potencias para que tenga efectividad). Esta Idea, que Deleuze toma implícitamente del extenso análisis hegeliano sobre el cálculo infinitesimal (cf. Hegel, G. W. F., *Ciencia de la lógica*, trad. A. Algranati y R. Mondolfo, Buenos Aires, Las Cuarenta, 2013, p. 319), pone de manifiesto un principio fundamental que aparece y reaparece a lo largo de toda la obra deleuziana: la necesidad de una *diferencia de potencial* como fundamento de una comunicación entre regímenes heterogéneos. Este principio será estructurante en la teoría de la intensidad, en tanto no hay comunicación intensiva posible sin diferencia de potencia. La singularidad es, en este sentido, el punto de concentración de esa diferencia.

encuentra en la singularidad su razón: la singularidad *corta* y enlaza espacios (curvas) o series heterogéneas. De este modo, la universalidad propia de la Idea no es la de una generalidad abstracta que abarca individuos preexistentes, sino una universalidad *concreta* que determina una individuación de manera interna: la universalidad del primer momento –que implicaba una *oscuridad* en cuanto a la posibilidad de captación de lo general y lo particular– es inseparable de una concreción –que supone una *distinción* por la cual esa oscuridad genera un punto estructurante de un proceso de individuación:

[La Idea] subsume la distribución de los puntos remarcables o singulares; toda su distinción, lo *distinto* como carácter de la Idea, consiste precisamente en repartir lo ordinario y lo remarcable, lo singular y lo regular, y en prolongar lo singular sobre los puntos regulares hasta la vecindad de otra singularidad. Más allá de lo individual, más allá de lo particular como de lo general, no hay un universal abstracto: lo que es “pre-individual” es la singularidad misma.<sup>21</sup>

### Extensión de la dialéctica

¿Qué es, pues, la Idea? ¿Es el agente modulador de una curva matemática? La curva no es sino *un tipo* de espacio, sujeto a un tipo de dinamismo que lo produce –en lápiz y papel, en una computadora, en la imaginación prodigiosa de algún genio matemático. La topología de una curva dependerá de las relaciones, las series y las singularidades que la componen, pero su trazado mismo depende de otros factores. La Idea, como vimos, no es ni el espacio, ni la función o el concepto, ni el dinamismo que crea el espacio, sino el puro emisor de singularidades ideales que se corresponden con cambios en dinamismos espacio-temporales, que luego quedan apresados, codificados por funciones matemáticas –o por conceptos representativos. Esto no vale sólo para los espacios matemáticos, sino para espacios de todo tipo: físicos, geológicos, biológicos, astronómicos, psíquicos, lingüísticos, sociales, sonoros, poéticos, etc. Una singularidad determina un espacio mate-

<sup>21</sup> DR 268-269 (228).

mático como un punto de ebullición determina un espacio físico, como una revolución determina un espacio socio-histórico, como una cesura determina un espacio poético, o un espacio trágico... De este modo, si bien la naturaleza diferencial de la Idea aparece explicada mediante caracteres matemáticos, el desarrollo del Capítulo 4 de *Diferencia y repetición* conduce a una extensión de la dialéctica, mostrando cómo la estructura de la Idea subyace a fenómenos y dominios de toda índole.

La Idea dialéctica, problemática, es un sistema de relaciones entre elementos diferenciales, un sistema de relaciones diferenciales entre elementos genéticos. Hay diferentes órdenes de Ideas, supuestos los unos por los otros, según la naturaleza ideal de las relaciones y los elementos considerados (Idea de la Idea, etc.). [...] Es así como, a partir de los problemas dialécticos y sus órdenes, se produce una génesis de dominios científicos diversos.<sup>22</sup>

Es importante notar que, más allá de su carácter diferencial, problemático, *oscuro*, la Idea continúa presentándose –en afinidad con la tradición filosófica– como *principio de inteligibilidad*. Es ella quien, a través de su carácter problemático, *fuerza* a producir esquemas racionales o dominios científicos. Pero es también ella quien socava desde adentro esos esquemas y dominios, imposibilitando que se cierren sobre sí mismos y abriendo la necesidad de nuevas creaciones (según el célebre motivo deleuziano de los problemas como instancias que *persisten* en las soluciones). Por eso, la Idea es tanto una como múltiple, las diferenciales van en manadas, una multiplicidad de elementos, y una multiplicidad de órdenes de elementos diferenciales propios de cada tipo de espacio (fonemas en la lengua, genes en la vida, fuerzas en la física, etc.). En el fondo de lo real, más allá de lo que *es*, un insondable hormigueo de elementos diferenciales ideales. Todos esos elementos y sus relaciones coexisten –o mejor, puesto que propiamente no *existen*– *co-insisten* bajo la claridad de lo actual, en ese *extra-ser* que *perplica* todas las Ideas. Todas las Ideas, todos sus órdenes y relaciones componen un fondo caótico *absolutamente plegado* sobre sí mismo. El fondo de lo real es oscuro, porque los elementos diferenciales engullen toda forma distinguible, pero es distinto, porque las relaciones entre estos elementos emiten singularidades, que actúan como salientes, pivotes,

<sup>22</sup> DR 275 (234-235).

nudos, puntos de apoyo o de corte, umbrales, catalizadores, acontecimientos, disparadores de un proceso morfogénico cualquiera.

Esta morfogénesis motivada por la Idea es lo que más arriba caracterizamos como “dinamismo espacio-temporal”, movimiento que Deleuze llama también “dramatización”, y que depende del concepto de *intensidad*, como el agente diferencial que opera la expresión o puesta en acto de la Idea en un determinado proceso de individuación.<sup>23</sup> “Una Idea se dramatiza en muchos niveles, pero también dramatizaciones de órdenes diferentes se hacen eco y atraviesan los niveles”.<sup>24</sup> Para cada orden ideal, diferentes relaciones; para cada relación, diferentes singularidades; para cada dramatización, diferentes niveles, cruces entre niveles, que implican cruces entre órdenes y relaciones ideales, y nuevas emisiones de singularidades asociadas a nuevos procesos de individuación. Esa es la ley de la composición de individuaciones en un mundo indefinidamente diferenciado y diferenciante. Diferentes niveles de regímenes de variación y, en cada nivel, diferentes regímenes en interacción recíproca. La topología de los dinamismos depende de las determinaciones de la Idea, pero los dinamismos se entrecruzan a su vez dando pie a nuevas topologías gracias a la pura e inagotable potencialidad de la Idea. Ella determina la diferencia de potencial que motoriza los dinamismos. La intensidad “se expresa [ella misma] *inmediatamente* en los dinamismos espacio-temporales de base”,<sup>25</sup> y al hacerlo, ella “expresa las relaciones diferenciales y los puntos remarcables correspondientes, introduciendo en estas relaciones, y entre las Ideas, un nuevo tipo de distinción”.<sup>26</sup> La Idea es la realidad pre-individual necesaria para re-plegar los dinamismos, cargando y conduciendo todo proceso de individuación; y la dialéctica ideal, el proceso por el cual pensamos el proceder de la Idea, sus órdenes, sus relaciones, sus productos.

<sup>23</sup> Cf. el capítulo “Individuación”, de Julián Ferreyra, en este mismo libro.

<sup>24</sup> DR 330 (283).

<sup>25</sup> DR 367 (316). Las cursivas son nuestras.

<sup>26</sup> DR 376 (325).

## Palabras finales

Una Idea puede atravesarnos como un rayo; y si conservamos algo de nosotros mismos, luego del sacudón, sólo queda preguntarnos “¿qué fue lo que pasó?”. Pero puede también trabajarnos silenciosamente, desde la profundidad de los procesos morfogénéticos que nos subyacen, como larvas gestantes de nuevos mundos. En tanto pacientes de esos movimientos, somos nosotros mismos –lo queramos o no– acompañantes del fulgor de las Ideas, emisores de singularidades, productores de sentido, y moduladores de espacio-tiempos. Las Ideas nos comprometen en esta práctica compleja, disuelven nuestra identidad a la vez que nos hacen germen de otras. En tanto “Yoes” –sistemas psíquicos que somos– *la Idea es el otro [autrui]*, está en el otro como el puro expresado por sus intensidades envueltas.<sup>27</sup> Uno de los objetivos manifiestos de *Diferencia y repetición* es el de presentar una filosofía que no hable desde un Yo –no porque pretenda establecer un punto de vista de sobrevuelo superior a la existencia, sino porque busca un *desplazamiento continuo en la inmanencia*, un punto de vista no fijado a conceptos representativos que la devolverían a una posición de trascendencia. En este sentido, el Yo como sujeto humano constituido, como *régimen de variación* psíquicamente delimitado, supone a la otredad como una estructura subyacente que la problematiza y desde la cual brota la virtualidad productiva. Política de la Idea: corresponde a nosotros estar abiertos a esa otredad, ese afuera que disuelve y gesta, a las intensidades impersonales que nos atraviesan y que hacen remontar la potencia de la diferencia, elevándonos a lo más alto, a la altura del acontecimiento –a la altura de la Idea– y, desde allí, afirmar hasta lo más bajo (pero sin explicarnos *demasiado* –sólo lo suficiente para poder volver a remontar, volver a plegar, volver a individuar).

Informal en sí misma, la Idea es sin embargo condición de la generación de formas. Estática en sí misma, ella es principio de la transformación del movimiento, y enlace entre regímenes de movimiento heterogéneos. Impensable en sí misma, es principio del pensamiento, génesis del pensar *en* el pensamiento. Como el *clinamen*, aparece en un tiempo menor que el mínimo de tiempo

continuo pensable; y en esa instantaneidad furtiva destella su poder genético. Motor inmóvil a velocidad infinita, está en el límite de todo movimiento, y en el rebasamiento de ese límite. Una sensación, un pensamiento o un movimiento llevados a su límite, al extremo de su potencia, a su forma extrema, he aquí el elemento fundamental que nos lleva a la Idea, y que nos expulsa inmediatamente de ella; emerge entonces una nueva forma, un nuevo régimen de movimiento, de pensamiento, una nueva sensibilidad.

<sup>27</sup> Al respecto, cf. el capítulo “*Autrui*”, de Solange Heffesse, en este mismo libro.